

LOS FRANCISCANOS
EN EL
NUEVO MUNDO
(SIGLO XVII)

II

V CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA

III Congreso Internacional sobre los Franciscanos en el Nuevo Mundo.

ORGANIZA:

- Monasterio Franciscano de La Rábida.

PATROCINAN:

- Comisión Nacional del V Centenario.
- Instituto de Cooperación Iberoamericana.
- Consejería de Cultura y Medio Ambiente de la Junta de Andalucía.
- Patronato del V Centenario de Huelva.
- Comisión Episcopal para el V Centenario.

COLABORAN:

- Universidad Hispanoamericana de Sta. María de La Rábida.
- Caja de Ahorros de Huelva.
- Industrias Químicas de Huelva.
- Afinsa-Central de Peregrinaciones.
- Ayuntamientos de Palos de la Frontera, Huelva y Moguer.

Actas del III Congreso Internacional
sobre
LOS FRANCISCANOS EN EL NUEVO MUNDO
(siglo XVII)

La Rábida, 18-23 de septiembre de 1989



Editorial DEIMOS, S. A.
Glorieta del Puente de Segovia, 3. Telf. 479 23 42
28011 MADRID

PRESIDENCIA DE HONOR

Excmo. Sr. D. JOSE RODRIGUEZ DE LA BORBOLLA
Presidente de la Junta de Andalucía.

Excmo. Sr. D. LUIS YAÑEZ BARNUEVO
Secretario de Estado para la Cooperación Internacional e Iberoamérica y Presidente de la Comisión Nacional del V Centenario.

Rvmo. P. Fr. JOHN VAUGHN
Ministro General de la Orden Franciscana.

Excmo. Sr. D. JAVIER TORRES VELA
Consejero de Cultura de la Junta de Andalucía.

Excmo. Sr. D. CARLOS AMIGO VALLEJO
Arzobispo de Sevilla y Presidente de la Comisión Episcopal del V Centenario.

Excmo. Sr. D. MANUEL EUGENIO ROMERO CASTILLA
Presidente de la Diputación de Huelva y del Patronato del V Centenario.

Excmo. Sr. D. RAFAEL GONZALEZ MORALEJO
Obispo de Huelva y Presidente de la Comisión Diocesana del V Centenario.

Rvdo. P. Fr. ANTONIO ENRIQUEZ GUERRERO
Ministro Provincial de la Provincia Bética Franciscana.

Excma. Sra. D^a. PILAR PULGAR FRAILE
Alcaldesa de Palos de la Frontera.

Excmo. Sr. D. JUAN CEADA
Alcalde del Ayuntamiento de Huelva.

Excmo. Sr. D. FRANCISCO DIAZ OLIVARES
Alcalde del Ayuntamiento de Moguer.

COMISION ORGANIZADORA

Director: Dr. PAULINO CASTAÑEDA (Universidad de Sevilla).

Vicedirectores: Fr. LUIS BLANCO (Monasterio de La Rábida).
Dr. PEDRO BORGES (Universidad Complutense de Madrid).

Secretario: Dr. JUAN MARCHENA (Universidad de Sevilla).

© Reservados los derechos de propiedad
Foto de portada: José L. de las Cuevas Batlle

I.S.B.N.: 84-86379-12-1 • Depósito legal: M. 14.765-1991 • Composición: DEIMOS. Glorieta del Puente de Segovia, 3 • Tel. (91) 479 23 42 - 28011 Madrid • Imprenta FARESO, S. A. - Paseo de la Dirección, 5 - 28039 Madrid.

MISIONES FRANCISCANAS EN EL S. XVII:
¿DECADENCIA O NUEVOS RUMBOS?

Por Dr. LINO GOMEZ CANEDO.

Academy of American History de Washington.

Se dice y escribe con alguna frecuencia que el siglo XVII fue en América un período de general decadencia. La afirmación es discutible, como lo son casi todas las que se expresan de manera tan rotunda y absoluta; pero tiene aún valedores, y ha sido fácil extenderla a la historia de las misiones. Mi ponencia pretende colocar la cuestión sobre el tapete y someterla a un primer análisis en este congreso.

Empecemos por recordar algunos hechos, fechas y cifras. Siguiendo cierto orden cronológico y geográfico -de norte a sur- hallamos que en el siglo XVII los franciscanos emprendieron la evangelización de las poblaciones que ocupaban el inmenso y lejano territorio, en la parte más septentrional de la Nueva España, que vino a denominarse *Nuevo México*. En 1600 habían establecido allí las cinco primeras misiones. En 1611 eran ya once las misiones y 10.000 los cristianos que tenían a su cuidado; por lo que se acordó darles un gobierno autónomo bajo la forma de Custodia de San Pablo. Bajo el segundo custodio, fray Alonso de Benavides (1623-1627) el número de establecimientos misionales subió a 25 y el de misioneros a 50. Según informe presentado a la Congregación de Propaganda Fide en 1630, la Custodia de San Pablo tenía bajo su jurisdicción a unos 60.000 cristianos: un crecimiento conseguido a pesar de las dificultades que oponía un territorio inmenso, habitado por tribus o “naciones” enfrentadas entre sí con frecuencia, y la necesidad de traer los misioneros y casi todos los recursos desde el lejano centro de México. Uno de los mayores problemas fueron los “apaches”, nación guerrera y agresiva, que desde mediados del siglo se convirtió en el azote no sólo del Nuevo México sino también de los territorios vecinos, especialmente de Nueva Vizcaya, Arizona y Sonora. La convivencia con ellos resultó imposible o efímera.

Con su poder de presión sobre las tribus restantes, estuvieron generalmente relacionados con los movimientos de rebelión suscitados a partir, más o menos, de 1645, con los que se fue debilitando la estructura misional. La rebelión de 1680 la destruyó por completo. Los franciscanos perdieron entonces una veintena de misioneros, y el resto hubo de retirarse hasta el Paso del Río del Norte o Río Grande, frontera con la Nueva España. Regresaron en 1693, pero tres años después otra rebelión causó también pérdida de misioneros; sin embargo, ya estaban de vuelta antes de finalizar el siglo. En 1706 ya funcionaban 17 misiones, con una población de 17.176 indígenas y 4.395 pobladores.

Nuevo México fue por entonces el territorio de evangelización más septentrional de los franciscanos, pero las misiones de infielés habían progresado asimismo en otras direcciones dentro de la Nueva España: en primer lugar, en las provincias norteñas a uno y otro lado de la especie de corredor por donde habían penetrado hacia el Nuevo México, una vez terminada la guerra chichimeca. Los franciscanos tuvieron parte muy importante en la pacificación de aquellas poblaciones, partiendo del gran centro minero de Zacatecas y de San Luis Potosí, fundado por entonces. La provincia franciscana de Zacatecas fue fundada en 1604 y desarrolló enorme labor misionera, especialmente en Nueva Vizcaya. Los franciscanos participaron también en el avance evangelizador y poblador desde San Luis Potosí hacia el Río Grande, en que se utilizaron grupos de tlaxcaltecas ya cristianos como punto de apoyo para las poblaciones de los nuevos convertidos. La influencia de misioneros como fray Jerónimo de Mendieta fue determinante en la persuasión de los tlaxcaltecas.

Con la ayuda de estos indígenas se consolidaron las misiones de la provincia de *Coahuila*, promovidas desde 1673 por el carismático fray Juan de Larios y administradas por franciscanos de la Provincia de Jalisco. Se trataba de poblaciones nómadas o seminómadas, que fue muy difícil reducir a la vida sedentaria. Pero las misiones fueron afirmándose y además sirvieron de punto de partida para las primeras entradas en Texas, a través del Río Grande. Casi todas se convirtieron en pueblos y ciudades que aún subsisten. Como misiones perduraron hasta muy entrado el siglo XIX.

El intento de establecerse en el interior de Texas se realizó en la parte más oriental de aquel territorio, donde una exploración previa desde 1686 les hizo pensar que había poblaciones muy bien dispuestas a recibir el Evangelio. El grupo definitivo de los primeros misioneros, seis en total, emprendió el viaje en 1690. El gobierno virreinal les proveyó abundantemente no sólo de ayudas para su labor propiamente apostólica sino de recursos para el sostenimiento de las poblaciones en sus comienzos: vive-

res, ganado, etc. Los métodos debían ser, y fueron (como en el caso de Coahuila) completamente pacíficos. Pero los indígenas no probaron ser tan dóciles como esperaban los misioneros, y además la geografía (los muchos ríos y lagunas, principalmente) y en general el clima resultó superior a los recursos de que se habían provisto para dominarlos. No llegaron a fundarse más que dos misiones, que hubieron de ser abandonadas en 1694. Sin embargo, los franciscanos persistieron en sus planes de evangelizar aquel inmenso territorio. Se establecieron primero en la región del Río Grande, lo cruzaron y en 1718 fue fundada la misión de San Antonio de Valero, núcleo de la presente ciudad de San Antonio, la primera de una cadena de misiones y poblaciones que llegó muy pronto a los límites orientales de Texas donde había tenido lugar el ensayo de 1690-1694. Estas misiones fueron ya obra de los colegios de Propaganda Fide de Querétaro y Guadalupe (Zacatecas).

Mucho antes, y más al sur dentro de la Nueva España, los franciscanos habían comenzado a evangelizar la región que fue conocida con el nombre de *Río Verde* en el actual estado de San Luis Potosí. Estas fundaciones se consolidaron muy pronto: hacia 1617 eran ya 17, con las cuales fue erigida allí la Custodia de Santa Catalina, dependiente de la Provincia de Michoacán. Dichos diez y siete puestos misionales estuvieron al cuidado de los franciscanos -con algún cambio de nombre y reubicación- hasta el siglo XIX, y hoy son casi todas ellas poblaciones bien establecidas, algunas importantes.

En la misma Nueva España, viejas misiones como las de Tampico, Yucatán, Nuevo León y otras en la región del noroeste avanzaron sus fronteras en el siglo XVI: es decir, penetraron más en tierras de infieles. En Nuevo León, las principales fueron establecidas en dicho siglo.

- - - - -

Todo esto sólo en el antiguo virreinato de la Nueva España, pero algo parecido sucedió en el hemisferio sur. Por su importancia global y la originalidad de su organización, hay que mencionar en primer lugar las denominadas *Misiones de Píritu* en el oriente de Venezuela, cuyo nombre les viene del pueblito de Píritu, situado en la costa del Caribe, entre Caracas y Cumaná (todavía existente). Los franciscanos de la Provincia de Santa Cruz de las Indias -la primera que hubo en el Nuevo Mundo y fue establecida en 1505- habían comenzado la primera evangelización de Venezuela por aquellas partes, junto con los dominicos. Desde 1514, más o menos, levantaron un puesto misional en las cercanías de Cumaná, que

perduró hasta 1521-1522. Posteriormente -desde su convento de Cubagua, Santo Domingo, directamente desde España e incluso desde Caracas- intentaron repetidas veces reanudar por allí su labor. La idea se hizo, por fin, realidad, a mediados del siglo XVII, y parece haberse debido, en alguna manera al ejemplo de Propaganda Fide.

Tras largos y complicados preparativos, los primeros misioneros se establecieron en el mencionado pueblo de Píritu y sus contornos (1656-1657). Procedían de los conventos del Abrojo y La Aguilera. Si bien la tierra y sus pobladores eran muy pobres, las misiones se extendieron con notable rapidez en la segunda mitad del siglo, recibiendo de España -principalmente- continuos refuerzos de personal. Su historia no puede ser resumida en pocas líneas. Su primer campo de acción fue la actual provincia de la Nueva Barcelona, entre las de Caracas y Cumaná; pero siguieron avanzando hacia el sur, cruzaron el río Orinoco, por cuya margen derecha continuaron hasta casi tocar la frontera con el Brasil. Basta decir que en 1807, víspera de las guerras independentistas que imposibilitaron la prosecución de aquel esfuerzo, los misioneros de Píritu tenían a su cuidado *más de sesenta pueblos*, en su gran mayoría fundados por ellos.

Notables progresos en la evangelización de infieles hicieron también los franciscanos del Reino de Granada (Colombia) principalmente en las extensas y difíciles regiones del Chocó y de los Llanos. En la costa del Pacífico, al sur de Panamá, franciscanos procedentes de Lima evangelizaron a los misteriosos *idibaes*, sobre los cuales apenas se sabe hoy más que lo proporcionado por los documentos relativos a dicha misión.

El Perú fue, al igual que México en el norte, el principal escenario misional en el hemisferio sur. También allí las fronteras de la cristiandad siguieron avanzando en el siglo XVII. Los franciscanos avanzaron hacia el norte, a zonas que apenas habían sido tocadas en el siglo XVI, y hacia el territorio de los grandes ríos, afluentes del Amazonas. Y lo mismo hicieron desde el Alto Perú. Puntos notables fueron las misiones de los panataguas y la búsqueda del Gran Paytiti (Bolivia) otro Dorado. En estas empresas participó fr. *Gregorio de Bolívar*, el precursor de los colegios de misiones de Propaganda Fide, quien perdió la vida en una de ellas. Por lo general, tales intentos sólo alcanzaron su pleno desarrollo en el siglo XVIII, en especial por medio del Colegio de Ocopa, pero dejaron bien patente el heroico espíritu misional que animaba a sus autores.

Añado antes de dar por terminado este resumen, que también se cultivaron las lenguas indígenas, como lo demuestran los casos de fr. Bernardino de Cárdenas, famoso predicador en quechua y aymará; fr.

Luis Jerónimo de Oré, que escribió en cinco lenguas (entre ellas aymará, quéchua, brasílica y latín) el monumental *Manual Peruano* (Nápoles, 1607) guía indispensable para enseñanza de la doctrina y administración de los sacramentos, y antes había publicado el *Símbolo Católico* (Lima, 1600) que contiene un catecismo y otras muchas cosas en aymará y quéchua; fr. Luis de Bolaños, fundador de las primeras reducciones en el Paraguay, autor de un arte o gramática de la lengua guaraní y también del catecismo y doctrina en aquella lengua. Hasta en las misiones de los idibaes (en Colombia, ya mencionadas) en las de los panataguas (Perú) y en las de las montañas de Talamanca (Costa Rica) a fines del siglo, nos consta que los misioneros utilizaron “doctrinas” (catecismos, en las lenguas locales. Seguramente lo hicieron en otras muchas partes.

A la vista de estos datos, vale la pena que reflexionemos sobre la decadencia del esfuerzo misional en el siglo XVII. En primer lugar, no puede caber duda de que la evangelización alcanzó a espacios más amplios que en el siglo XVI. El número de misioneros parece que fue también mayor, aunque en este campo la historiografía cuantitativa tiene todavía mucho que hacer. Recuérdese que en el Nuevo México llegaron a trabajar, al mismo tiempo, hasta cincuenta franciscanos; cifras importantes conocemos asimismo para las misiones de Río Verde, Coahuila y Píritu.

Lo que se trata de averiguar, claro está, es si se evangelizó con la misma intensidad y éxito que en la evangelización primitiva. Aventurado tanto el afirmarlo como el negarlo. ¿Cómo se mide el éxito, y cómo puede calcularse el esfuerzo para conseguirlo?. Las circunstancias de tiempos, lugares y gentes eran distintas. En cuanto a los resultados, no debería olvidarse que las regiones y habitantes evangelizados entonces siguen hoy fundamentalmente fieles a la fe que aquellos misioneros les predicaron, y ello a pesar de los largos períodos de abandono a lo largo del tiempo. Pienso que no debió ser tan “imperfecta” su evangelización.